

*Espíritu de Potiomkin en México*

## El Precio de Posponer la Reforma

- ★ Nuevos Eslabones en la Cadena de Triunfos Dudosos
- ★ Hay que Presionar en Favor de una Real Democracia
- ★ En Elecciones, Hora de Derribar las Falsas Fachadas

LORENZO MEYER

En una entrevista reciente, y a una pregunta sobre la naturaleza del cambio político desde la perspectiva del gobierno, el presidente afirmó: "...en México hemos llevado a cabo un amplio proceso de reforma económica, un amplio proceso de reforma social y estamos inmersos en un amplio proceso de reforma política". Sin embargo, justamente abajo del encabezado de la entrevista, venía una fotografía del momento en que un grupo de opositores que se negaban a aceptar los resultados oficiales del proceso electoral local, quemaban el mobiliario de la Comisión Municipal Electoral de Matamoros (**La Jornada**, 12 de noviembre). ¿Cómo hacer compatible la afirmación de una voluntad gubernamental de cambio político con hechos como los de Matamoros?

Supongamos, sin conceder, que la violencia política

SIGUE EN LA PAGINA DIEZ

*Sigue de la primera plana*

en Tamaulipas, y que ha llevado a la intervención de la policía judicial federal y del ejército, es producto de la acción irresponsable de un pequeño grupo de malos perdedores. Pero resulta que el caso Matamoros no vino solo, sino que es parte de las impugnaciones de varios partidos de oposición a los procesos electorales de Tamaulipas, de Puebla y Sinaloa, donde el PRI ha obtenido de nuevo "carro completo", tal y como lo prometiera el presidente a la plana mayor del PRI en su discurso semisecreto del 21 de octubre en Los Pinos (¿discursos no aptos para todo público en un sitio que, en principio, es la casa de todos?) Supongamos, también sin conceder, que son protestas infundadas, y que la casilla 43 de Puebla, donde votó Manuel

Bartlett, no estaba donde debía estar, a la hora que debía estar y manejada por quienes debían manejarla, por un mero accidente y no como parte de un plan para eludir votos contra el PRI. Desafortunadamente, detrás de lo que hoy sucede en Tamaulipas, Puebla y Sinaloa, está una vieja y rica historia de elecciones increíbles. Están por ejemplo, las conflictivas "segundas vueltas" electorales recientes de San Luis Potosí, Michoacán, Guanajuato o antes la de Mérida. Y también están los conflictos de Tabasco y Sonora, y también están... En resumen, lo que ha ocurrido, está ocurriendo, y todo indica que seguirá ocurriendo, es la falta de confianza en un proceso electoral hecho a la medida del partido "prácticamente único", que, mientras subsista, im-

pedirá cualquier reforma política sustantiva, y asegurará la aparición de nuevos eslabones en la cadena de victorias dudosas, que bien podrían volver a provocar violencia, necesitar el apoyo de la policía y el ejército, producir presos políticos, etc.

La increíble caída del sistema de cómputo electoral en julio de 1988 fue, en el plano político, el equivalente de la espectacular caída en 1982 del sistema económico. En 1982 mismo, las autoridades no admitieron de inmediato que el problema de fondo no era la existencia de "banqueros sacadólars", sino de la incapacidad del sistema económico para generar las enormes cantidades de divisas que requería para seguir adelante. Fue necesario que tuviera lugar el relevo presidencial y que pasaran dos o tres años más, para que la cúpula decidiera aceptar el fracaso del viejo modelo económico e iniciara la construcción de otro, inspirada en el neoliberalismo dominante en el sistema inter-

nacional. Buena, mala o regular, el gobierno tuvo respuesta a la crisis económica. Ahora bien, al desastre político de 1988 no se ha respondido de la misma manera; no se ha buscado escapar del callejón sin salida intentando cambiar la naturaleza del sistema político, atacando el mal de raíz. No, en lo político la clase directora se ha quedado pasmada, clavada en su sitio, en espera de que en algún momento cese la mala racha como resultado del buen funcionamiento de la economía y deje de existir la demanda del cambio político real. Eso es lo que se desprende del mensaje presidencial del 21 de octubre donde se prometió que pasara lo que pasara, los candidatos del PRI gobernarían a sus es-

tados... y eso es también lo que se desprende de los hechos posteriores.

La élite política perdió un tiempo muy valioso para encabezar la transición democrática y no quiere pagar el precio de esa decisión. El fraude electoral de 1986 en Chihuahua le costó mucho al gobierno de Miguel de la Madrid. Ese costo debió haber acicateado a la cúpula gubernamental a diseñar e iniciar desde entonces el proceso de transición del autoritarismo posrevolucionario a la democracia que debía acompañar y apoyar a una economía abierta, competitiva y moderna. Desafortunadamente no hubo entonces la voluntad de hacerlo. Obviamente el grupo tecnocrático no maneja las variables políticas con la misma soltura y confianza que las económicas. El resultado fue el desastre electoral de 1988: el PRI mantuvo su monopolio sobre el Poder Ejecutivo y el control del Congreso, pero sin credibilidad.

Tras la sorpresa de julio de 1988, anunció el fin del partido "prácticamente único", pero no fue cierto. Sólo se aceptó reconocer ciertas victorias del PAN a cambio del apoyo de ese partido en sacar adelante una reforma electoral que preservara la dominación priista—cada sexenio hace una reforma electoral a su medida— y nada más. El gobierno centró el cambio en el campo económico, en espera de que el éxito ahí se trasminara al de la política. Se trató de una especie de resurrección de la visión marxista: si se lograba transformar sustantivamente la infraestructura económica, entonces la superestructura política se adaptaría de manera más o menos automática a los nuevos requerimientos del aparato productivo. La realidad no ha confirmado este supuesto.

El pánico cundió en 1988 entre las élites económicas —nacionales y extranjeras—, políticas, culturales y religiosas ante la posibilidad

de un triunfo neocardenista. Ese pánico hizo que todas ellas suspiraran aliviadas cuando, recuperado de su "caída", el sistema volvió a ser lo que había sido. Todos los que tenían intereses creados o por crear en el neoliberalismo, apoyaron el cierre de la puerta a cualquier posibilidad de alternancia en el poder. Todos los gobiernos extranjeros, desde Washington y Europa occidental, pasando por el mundo socialista a punto de extinguirse, hasta los de América Latina, aceptaron y celebraron como reales los resultados oficiales de 1988. La falta de credibilidad del sistema electoral y político no les pareció a los neoliberales de dentro o de fuera, un gran precio a pagar frente a la gran seguridad adquirida. Pero, visto a la distancia, ¿realmente se consiguió esa seguridad?

Los resultados de esa política parecen no corresponder a las expectativas de sus autores y de quienes la apoyaron. Quizá ahora algunos de los que con tanto entusiasmo apoyaron la perestroika sin glasnost, estén perdiéndolo. Un sistema político que produce, en cadena, situaciones como las de Michoacán, Tabasco, Sinaloa, Guanajuato, San Luis Potosí, o las recientes de Tamaulipas, no parece ser uno con el cual México pueda realmente aspirar a entrar al "primer mundo". La gran empresa privada, base del neoliberalismo, requiere, a la larga, de un gobierno limitado y responsable a las demandas de la sociedad civil. Y hasta ahora la única fórmula efectiva para lograr lo anterior ha si-

do la democracia política, o sea justamente de la fórmula que carecemos en el México de hoy o del futuro inmediato.

El sexenio salinista ha entrado en su fase final. Es verdad que según las cifras oficiales el déficit del sector público ya no existe, que la deuda externa disminuyó en 25%, que la inflación puede ser este año de 11.2%, que con un gasto tan relativamente pequeño como el de Pronasol se controlan las demandas de las "clases peligrosas", etcétera. Pero también es igualmente cierto que estos éxitos aún no se consolidan, que están asentados en bases tan frágiles como es un déficit comercial que puede llegar este año a la increíble suma de 20 mil millones y que va en aumento, o en el ingreso de un tipo de capital externo especulativo que se puede ir tan rápido como vino. Y como si lo anterior no fuera suficiente, la tecnocracia mexicana ha perdido a su aliado más importante en los Estados Unidos: George Bush, lo que introduce incógnitas en la última etapa de la negocia-

ción del Tratado de Libre Comercio (TLC) con Estados Unidos, y el TLC es pieza clave del complicado entramado económico.

Sobre las dudas económicas deben montarse las interrogantes políticas, debe pagarse el tiempo que se perdió creyendo que se ganaba. Una y otra vez lo que se suponían procesos sin muchos problemas —el cambio de gobernadores, por ejemplo— se están complicando e introduciendo ruidos adicionales en el proceso económico. Los empresarios locales que apostaron por Aguirre en Guanajuato o por Villaseñor en Michoacán, salieron defraudados.

Hasta ahora, la violencia política ha sido muy limi-

tada. Todos los participantes conocen bien el pasado inmediato y el lejano y saben que la acción gubernamental contra sus oponentes puede ser sumamente dura. Pero por otro lado, los actuales dirigentes del Estado mexicano saben también que una represión abierta al estilo del 68 o de la "guerra sucia" de los setenta, les acarrearía un daño político enorme, entre otros sitios, dentro de Estados Unidos. Sin embargo, cada vez que surge un nuevo conflicto postelectoral, se abre la posibilidad de que la situación se salga del control de las cúpulas.

El príncipe Grigori Potiomkin es recordado hoy menos por sus contribuciones a la modernización de Rusia en el siglo XVIII y más por su esfuerzo para crear falsas realidades —las famosas "aldeas Potiomkin", fachadas bonitas detrás de las cuales se escondía pero no se eliminaba el problema real. A la larga, esas falsas "realidades" terminaron por arruinar al régimen que servían y a los que se servían de ese régimen. En México, y en materia política, es tiempo de derribar las falsas fachadas y enfrentar la realidad a fin de resolver el problema real antes de que se llegue a situaciones más graves. Está en el interés objetivo del grueso de los mexicanos, sean estos empresarios u obreros, curas o simples empleados, líderes sindicales o líderes de oposición, no dejarse dominar por el espíritu de Potiomkin y demandar la existencia de un gobierno no autoritario, con límites claros a sus acciones y, sobre todo, al que se le puedan exigir responsabilidades. Ese tipo de gobierno podríamos tenerlo si presionamos en favor de una profunda reforma política, de una verdadera democracia. El 94 está demasiado cerca, y no sería justo llegar a ese momento para simplemente volver a caer en 1988.